

HOMILIA – FUNERAL HERMANO CÉSAR PALLARÉS MUÑOZ

San Asensio, 20 de octubre de 2016

H. José Román Pérez Conde, Visitador Auxiliar

Lecturas: 2 Cor 4,16 – 5,8: Jn 12,23-28

Estimados celebrantes, Hermanos, sobrinos, familiares y amigos del H. César.

El Dios de la vida nos ha congregado para celebrar esta eucaristía. Los sacerdotes que nos presiden llevan el color blanco del Tiempo Pascual, anuncio de la Resurrección de Jesucristo que llena de esperanza toda nuestra existencia.

Cuando nos reunimos para celebrar las exequias de uno de nuestros hermanos lo hacemos creyendo que a través de la muerte, y siguiendo la misma suerte que Jesucristo, llegamos a la vida en plenitud.

Desde finales de noviembre el Hermano César ha estado entre nosotros. Llegó a Zaragoza desde la que fue su comunidad, a partir del año 2000, La Salle Strebersdorf de Viena, con la intención de preparar el viaje a la República Dominicana para comienzos de diciembre. En Navidad iba a reencontrarse con sus antiguos alumnos de los años 90, de cuando enseñó en el colegio La Salle de Santiago de los Caballeros. Pero la enfermedad le amarró a su tierra de origen, Zaragoza.

Sus achaques y el deterioro físico que ha padecido, producto de la gravedad de sus dolencias, le han conducido a la muerte. La calidad de vida del H. César se ha ido mermando paulatinamente. Las limitaciones en su salud le han ido cercenando sus amplios proyectos, quedando estos reducidos a un mundo clausurado entre cuatro paredes.

En ese pequeño mundo, él tan acostumbrado a amplios horizontes, se ha limitado a atender visitas, algunas de ellas de antiguos alumnos agradecidos, que se han desplazado expresamente desde lugares muy alejados para verle, a ver pasar la vida... mecido, enfrascado en sus innumerables recuerdos. Él, tan amigo de la escritura, de los textos, no podía escribir, ni leer, ni mantener conversaciones prolongadas. Manifestaba que no se aburría, que le bastaba ir repasando todas sus experiencias, su itinerario cargado de densas vivencias acumuladas durante 82 años. Pero su ánimo fue decayendo en paralelo a su estado de salud. Algunos de quienes hemos sido testigos de sus últimos meses quizás podamos sentir que su partida es consoladora, que lo ha hecho en paz y dejándose mecer por ella, pero la muerte se alza como un muro construido con un sinfín de interrogantes y de angustias existenciales.

Todos aprendimos que los seres vivos nacen, crecen, se reproducen y mueren. Visto así no suscita ninguna emoción. Lo trágico es cuando lo aplicamos a una persona concreta que conocemos y estimamos, como el H. César. Abrumados por el misterio de la persona, las palabras del apóstol Pablo, que acabamos de escuchar en la primera lectura, nos ayudan a entender esta experiencia inevitable, desde la fe: *Hermanos es cosa que ya sabemos, si se destruye este tabernáculo que es nuestra morada terrestre, tenemos un sólido edificio construido por Dios, una casa que no ha sido levantada por mano de hombre y que tiene una duración eterna en los cielos.*

Somos llamados a vivir junto al Señor. Ahí radica nuestra confianza. La fe nos dice que

cuando la vida humana llega al límite de sus posibilidades, en ese límite no nos encontramos ante la nada, sino con los brazos acogedores de Dios Padre todo cariñoso. Como decía una religiosa francesa: *No sé lo que ocurrirá al otro lado cuando mi vida haya entrado en la eternidad. Sólo estoy segura que un AMOR me espera.* Por eso, cuando el cristiano piensa en la muerte puede repetir sereno los deseos del salmo responsorial: *Al despertar me saciaré de tu semblante, Señor.* La muerte es sencillamente un *a Dios*, pero no adiós a los hombres sino un *hacia Dios*.

Ante la muerte inminente, Jesús comparó el destino que le esperaba con lo que le ocurre al grano de trigo cuando lo entierran. Nos da valor y nos llena de paz caer en la cuenta que cuando parece que ha terminado todo, al poco tiempo, comprobamos asombrados que donde cayó el grano aparece una espiga llena de vida con innumerables granos nuevos. Es una comparación sencilla, pero también muy elocuente para explicar la fecundidad de una vida llena de amor después de la muerte. El H. César ya estrenó su inmortalidad entre nosotros, buscando y viviendo cada día el reflejo del Señor, tratando de responder al querer de Dios cada vez que se sobreponía a sí mismo para amar. Amar es ya resucitar, porque el Amor es Vida.

Su vida se abrió a la luz en Zaragoza el 31 de enero de 1934. Sus padres, Joaquín y Juliana, quisieron para él una formación lasaliana y le llevaron al Colegio de Montemolín. Allí le prendió la vocación para el servicio educativo de los necesitados y se fue a Irun para formarse como Hermano de La Salle. Pronto, a los dos años, marchó a Saint Maurice l'Exil, donde prosiguió como novicio menor. El Noviciado lo vivió en Bordighera, población italiana junto a la frontera francesa. Los novicios que allí se formaban normalmente se orientaban hacia las misiones, en África y Oriente. A pesar de ello, César, sin cumplir los 20 años, acaba su formación como escolástico en La Habana, Cuba. Su estancia y misión lasaliana en la isla caribeña duró 9 años. Fue educador en los colegios de La Habana, Guantánamo, Sancti Spiritus y Ciudad Trujillo.

Regresó como formador a Saint-Maurice l'Exil. Fue profesor de ese Aspirantado durante 4 años. Esta etapa le sirvió como trampolín para ser enviado al Norte de África, concretamente a Marruecos. Allí, educó a los alumnos de Casablanca y Rabat. Tras seis años en el Magreb, ejerció la docencia durante 17 años en el Distrito de Bilbao: los Colegios de San Sebastián, Montemolín y Gran Vía son testigos de su hacer pedagógico. Con 55 años regresó, por segunda vez a las Antillas, esta vez al colegio La Salle de Santiago de los Caballeros en la República Dominicana.

Concluida su etapa americana, en el año 1993, regresa a España para ocuparse durante siete años de las Ediciones San Pío X en Madrid. A partir del año 2000, el H. César, aunque integrado en el Distrito de Bilbao, ha vivido en Viena, en la comunidad de hermanos en del Colegio La Salle Strebersdorf. Fue administrador en la Casa Provincial de Austria hasta 2003, y a partir de ese año dedicado a la enseñanza, sobre todo de las lenguas que tan bien dominaba. Siempre a disposición como facilitador, traductor y acompañante de los Hermanos en sus encuentros institucionales de Región, o para visitar a nuestros Hermanos en Rumanía y en Alemania. Respondía también generosa y eficazmente a las peticiones que frecuentemente le hicieron los Superiores para efectuar traducciones de textos referenciales del Instituto y redactar reseñas biográficas.

Su disponibilidad le llevó a estancias más o menos largas en África. Participó en muchos proyectos de verano y en colaboraciones puntuales para reforzar alguna comunidad con pocos Hermanos. En la década de los 80 estuvo durante 6 veranos seguidos en África. Así entre sus cartas aparecen recuerdos de sus compromisos misioneros en Togoville, Ouagadougou, Daloa y Tami, por ejemplo. Recientemente, durante el verano de 2015, también estuvo en un proyecto de Proyde en

el Perú. A sus 81 años anduvo por esos mundos de Dios apoyando a jóvenes que se iniciaban en el voluntariado y con ellos ascendió al Machu Pichu.

Las características de su personalidad y de su talante se reflejan muy bien en las cartas que escribe. En una de ellas al entonces H. Visitador, leemos: *Previo mi saludo, paso a comunicarle lo siguiente. Supongo que como en años anteriores, la ayuda a las misiones se hará efectiva una vez más durante el verano. Durante cinco años consecutivos, el poder participar en ese proyecto ha sido para mí una bocanada de oxígeno. Le ruego tenga en cuenta mi candidatura firme para lo que sea y a donde sea en esos meses de julio y agosto. El asunto para mí es serio, demasiado, créame, y en ese sentido le ruego lo tenga Vd. en cuenta. Le quedaré infinitamente agradecido.* (15.10.1985). A su regreso, escribe al H. José Manuel Sauras: *Seis veranos en África para mí personalmente han sido fructíferos... A estas horas, sin eso, mi horizonte se hubiese ido empequeñeciendo y empobreciendo, ahora estaría ya en caída libre hacia la tranquilidad y el aburguesamiento... Si la inquietud espiritual no se mantiene de esa forma uno llega al convencimiento de que lo nuestro... resulta sin interés y completamente vacío. Todo se reduce a teorías etéreas y consideraciones bibliográficas sobre las necesidades, la pobreza y la miseria de las tres cuartas partes de la Humanidad que terminan por resbalar y no crean ni inquietudes ni deseos de querer hacer algo por los demás. Mi experiencia con los Hermanos de Foucauld en Marrakech, Argel, en Djebel Bissa y en el Sahara hace unos años, fue comienzo de algo que en estos seis veranos ha podido continuar con suma satisfacción y provecho espiritual. Pienso que esto no ha terminado para mí, ni mucho menos.*

La persona humana es siempre un misterio difícil de escudriñar. Hemos tenido el privilegio de conocer lo que el H. César albergaba en su interior por sus escritos, principalmente porque fue a lo largo de 15 años un escritor asiduo en la revista Unánimes. Con su peculiar estilo, –culto, personal, sincero, sin tapujos, en ocasiones incluso mordaz– trató una gran variedad de temas de la vida religiosa, comunitaria, distrital y de Instituto y los abordó desde su particular perspectiva de la vida lasaliana. En su manera de expresarse pudo más su manera de entender la sinceridad y la rectitud.

El H. César, este pasado miércoles, cuando casi los primeros rayos del sol estaban apareciendo, se apagó. ¡Él ya ha cumplido del todo su misión! Desde entonces, los Hermanos, sus amigos, conocidos y familiares acudimos al Señor, al “Misericordioso” –tal como él lo nombraba con frecuencia–. Él nos lo regaló y lo acaba de llamar. Y el H. César, finalizando el Jubileo de la Misericordia, toma definitivamente el camino que lleva hacia el Amor definitivo. Nosotros le hemos acompañado hasta la orilla del más acá.

Es también buen momento para agradecer al personal sanitario, a las cuidadoras, a sus sobrinos, a los Hermanos de la Comunidad y a otros Hermanos que se han ofrecido para acompañarlo en sus estancias en el hospital de Zaragoza y de Logroño. Su carácter, a veces, no era fácil de doblegar y os habéis dedicado con mano zurda y cariño a procurar lo mejor para él. Muchas gracias.

Ahora pedimos al Padre que le dio el ser que le conduzca de nuestro amor al suyo. Al único Amor que perdura. Al Amor por el que nació, al Amor por el que se dejó seducir y por el que quiso seguir a Jesús de Nazaret en los caminos lasalianos.

¡Hasta pronto H. César! ¡Descansa en paz!